

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
833

SANTORAL

Dom. 5 III después de Pentecostés. Santos Bonifacio obispo, Doroteo pbro. y los mrs. Mariano, Niconor y Apolonio.

Lun. 6 Santos Norberto y Alejandro obs., y Claudio y Amancio mrs.

Mart. 7 San Roberto, Pablo y sus compañeros mrs.

Miérc. 8 Santos. Maximino y Medardo obispos. Salustiano confesor.

Juev. 9 San Vicente mr. y Pelagía vrg.

Viern. 10 Santa Margarita reina de Escocia y Timoteo ob.
Sáb. 11 San Bernabé apost. y Gregorio Nacienceno.

CUARTO CRECIENTE a las 5.19 p. m.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 11, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 18 de que es Celadora Srta. Isabel Brenes V.—María Santísima es: «Arbol de vida nunca bastante ponderado; estrella refulgente de la mañana, que alegra al mundo.

(Misal ant. de Cluny)

Domingo III después de Pentecostés

Evangelio según San Lucas—Cap. XV, vs. 1-10

En aquel tiempo: Solían los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle; y los Fariseos y Escribas murmuraban de eso, diciendo: Mirad como se familiariza con los pecadores y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla? En hallándola se la pone sobre los hombros muy gozoso; y llegado a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo porque he hallado la oveja mía, que se había perdido. Os digo que a este modo habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. O ¿qué mujer teniendo diez dracmas o reales de plata, si pierde una, no enciende luz y barre bien la casa, y lo registra todo, hasta dar con ella? Y en hallándola, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, que ya he hallado la dracma que había perdido. Así os digo yo, que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia.

Aplicación moral

Se llegaban a Jesús todos los publicanos y los pecadores para oírle. Y murmuraban los Fariseos y los Escribas, diciendo: *Este acoge a los pecadores, y come con ellos*. Intervienen en esta especie de drama tres personajes o grupos de personajes: Jesús, por una parte, los Escribas y Fariseos, por otra, y, como en medio de entrambos, los pecadores, y en especial los publicanos, todos los publicanos, como dice el Evangelista en el texto original. Nosotros estamos ahora en tiempos, lugares y circunstancias demasiado remotas para apreciar exactamente la diferente actitud de todos estos personajes. La actitud del bondadoso maestro nos es menos desconocida, aunque también mucho menos conocida de lo que fuera razón. Lo que apenas concebimos son aquellos Fariseos y Escribas, tan corrompidos a veces, tan formalistas siempre, tan vacíos de verdadera piedad religiosa como faltos de todo sentimiento de humanidad y aun de sentido común, y,

sin embargo, tan estúpidamente presumidos y fanfarrones. ¿Acoger ellos a los pecadores? ¿Mirar siquiera a la cara a los odiados publicanos—a los consumidores,—como diríamos en nuestros días? Con su actitud, con todo su proceder, con la palabra también a veces, andaban continuamente diciendo aquello de Isaías: «Apártate de mí, no te me acerques, porque eres inmundo» (65,5). Pues ¿comer ellos con un publicano? ni pensarlo remotamente. «¡Hipócritas! ¡Farsantes!» fué el calificativo que les dió el Señor, y que realmente se merecían. ¿Qué habían, pues, de pensar estos farsantes de la santidad, cuando veían que el joven Profeta de Nazaret, no sólo se dignaba hablar con los publicanos y pecadores, sino que les hacía buena acogida, y aun admitía amablemente las invitaciones que le hacían para comer con ellos? «¡Escándalo! ¡Escándalo!», repetían hipócritamente indignados, «jamás se ha visto que así se rebajase un Maestro de Israel». Sin

hacer el menor caso de esas ridículas comedias, los pobres publicanos y los desgraciados pecadores, despectivamente repelidos siempre por los Fariseos, al ver ahora la bondadosa afabilidad, la incomparable ternura del joven Maestro, se sentían irresistiblemente atraídos hacia él, y a él acudían todos y escuchaban sus dulcísimas palabras con avidez y consolación.

Tales son los hechos: el divino Maestro responde a la presunción y dureza de los Escribas y Fariseos con la humildad y blandura de su Corazón. Pero al fin estos farsantes habían lanzado contra Jesús una acusación, que parecía había de hacer impresión en el pueblo sencillo, acostumbrado a venerar a los Fariseos: «Este hombre acoge a los pecadores, y come con ellos». A semejante acusación ¿qué responde Jesús?

La respuesta de Jesús son las tres parábolas de la misericordia divina.

COMUNISMO

Guerra al hombre, a la familia, a la sociedad, al Estado y a la Iglesia, constituye la suma aritmética de los sucesos trascendentales de los tiempos presentes, envueltos en el torbellino revolucionario del comunismo.

Nada prueban en contra de nuestras afirmaciones la existencia de algunos comunistas idealistas que sueñan alcanzar esos grandes anhelos por medios aparentemente pacíficos. El comunismo cree firmemente que la propiedad exclusiva está fundada en el capricho de los primeros fundadores y en la codicia de los hombres, siendo, por lo tanto «un robo en la naturaleza y el rico un ladrón en el estado natural, según dice Brissot.

Mirabeau, Robespierre, Saint Just, con más o menos claridad, desarrollaron los principios comunistas que amenazan mortalmente el orden social, los fundamentos de las naciones y de los estados mismos. El Estado para Bakonini es la «suma de las negaciones de la libertad, la negación flagrante de la Humanidad. La revolución según ese atrevido escritor, es el desencadenamiento de las malas pasiones» Los bandidos son para él «héroes, defensores y salvadores del mundo» Todo aparece santificado por la revolución. El campo es libre.

El comunismo, como toda entidad moral o social, se conoce por sus obras, por los efectos que produce y estas obras nefandas y estos efectos repugnantes, que pisotean la autoridad, el derecho social, la dignidad humana, la vergüenza, el honor y el pudor, se sienten y palpan con el Bolchevismo ruso. Aplicación práctica del comunismo moderno.

Crean los Bolchevikis o «mayoritarios» con Lenin a la cabeza, que no ha sonado en el reloj de los tiempos la hora de suprimir radicalmente el Estado, que es forzoso conservar aun un Estado burgués, pero sin burguesía, un Estado colectivista, o sea la sustitución de los empresarios privados por el Estado.

Camina por lo tanto, la revolución actual, donde quiera que levanta su siniestra cabeza, a la instauración de un Estado burgués, como etapa transitoria, ineludible, implantando la dictadura revolucionaria del proletariado. Este ominoso cambio de papeles, mediante el cual los proletarios, que representan la fuerza, el orden, la ciencia, la industria, el comercio, la vida general en una palabra, ascienden, por el terror y la muerte a los tronos derrumbados y a las mismas repúblicas decadentes, por que así fué inspirado en la Comune de París del año 1871.

Los comunistas Saint-Simón, Fournier, Cabet, Moro, Campanella, Monelly, Mably y otros de mayor o menor importancia intelectual pusieron en boga los principios comunistas, que no son el resul-

tado de observaciones científicas, filosóficas, ni sociológicas, sino que están inflamados en las negras sombras del más procaz naturalismo, en el egoísmo abierto de las más vergonzosas pretensiones que buscan el paraíso del placer en la tierra.

Si a todo eso llamáis libertad, igualdad y fraternidad, que engalanan el triángulo masónico y el mandil, tapa rabos de los hermanos tres puntos, bien podéis vanagloriaros de los triunfos obtenidos hasta ahora y con los cuales amenazáis nuestro futuro mañana. Dios, sin embargo, está por encima de todos y «salvará a su pueblo y bendecirá a su misma herencia, porque las víctimas de la revolución, la sangre de los mártires de la sociedad y las súplicas y los ayes de dolor, despejarán el negro horizonte y disipándose las nubes condensadas de tanta barbarie, brillará el sol de la Justicia y de la misericordia en las conciencias de la humanidad. R. P. C.

CUESTIONARIO RELIGIOSO

Vino un protestante a mi casa y estuvo empeñado en hacerme creer que para salvarnos, no había necesidad de obras ni de Sacramentos, como nos enseña la Iglesia Católica, sino que basta creer, pues ya Jesucristo lo ha ganado todo para nosotros. San Pablo, añadió, dice que el hombre se justifica por la fe y gratuitamente. ¿No tendría la bondad de decirme en el Cuestionario qué hay sobre esto?—Una suscritora.

Pues ¿qué ha de haber. Una grosera mentira, si bien disfrazada con una hermosa sombra de verdad. Jesucristo nos ganó ciertamente con su sangre divina el derecho a la gloria, pero a condición de que cada uno de nosotros hiciese propios los méritos de El por medio, nó de la fe sola sino de la fe y de las buenas obras. De lo contrario, el cielo se nos daría de balde y como regalado, cuando no es así, sino que se nos manda ganarlo a punta de lanza, por decirlo así, o lo que es lo mismo, a costa de nuestro trabajo. Mucha fe tenía San Pablo, muy bien sabía cuánto Cristo nos había ganado con su sangre divina y, sin embargo, escribiendo a los Corintios, decía, «Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado». (I Corintios, IX, 27). Y escribiendo a los Romanos, dice: «Que no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen; éstos son los que serán justificados». Y en el capítulo XIII, versículo 2 de su primera Carta a los Corintios: «Si tuviese tanta fe que trasladase de un punto a otro las montañas, y no tuviese caridad (que pertenece a las buenas obras), nada soy.»

El Apóstol Santiago se expresa en estos términos: «¿De qué os servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, sino tiene obras? ¿Por ventura a este tal la fe podrá salvarle?» (Cap. II, versículo 14). Y más adelante dice: «Así la fe, sino está acompañada de obras, está muerta en sí misma». (Cap. II, v. 17). ¡Crear tan solo! «También creen los demonios dice Santiago y se estremecen». (II, v. 19). Muchísimos otros textos podrían aducirse en confirmación de lo que venimos diciendo. Añádase finalmente lo que Jesucristo contestó a aquel joven que le preguntó qué debía hacer para salvarse: «Si quieres entrar en el cielo, guarda los Mandamientos». (Mateo, XIX, 17).

No basta, pues, creer. La doctrina de Jesucristo no la constituye sólo el Credo, como tampoco la fe «sola» basta. Se ha de creer, sí, y conforme a esa fe se ha de obrar, para lo cual da Dios Nuestro Señor los medios de su gracia, que se piden por las oraciones y se obtienen por los Sacramentos, todo por los méritos e intercesión de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

En cuanto a las palabras del Apóstol San Pablo «que el hombre se justifica por la fe y gratuitamente», se deben entender en aquel sentido que

adoptó y ha expresado el perpetuo consentimiento de la Iglesia Católica; es a saber, que en tanto se dice que somos justificados por la fe, en cuanto ésta es principio de la salvación del hombre, principio y raíz de toda justificación, y sin la cual es imposible hacerse agradables a Dios ni llegar a participar de la suerte de hijos suyos.

En tanto también se dice que somos justificados gratuitamente, en cuanto ninguna de las cosas que preceden a la justificación, sea la fe, sean las obras, merecen la gracia de la justificación; porque si es gracia, ya no proviene de las obras; de otro modo, como dice el Apóstol San Pablo, la gracia no sería gracia.

Mucho más se podría decir acerca de esta materia de tanta importancia; pero basta lo dicho para ver cuán falsa sea la afirmación de ese protestante que Ud. indica, y que al fin y al cabo, no es más que la aberrada doctrina del protestantismo en general.

LOS DERECHOS DEL NIÑO

El vendabal antirreligioso que, a través de los tiempos, se ha desencadenado, por todas las latitudes, pero con más intensidad en unos países que en otros, ha pretendido arrancar de la infancia sus más fundamentales garantías de existencia, de progreso verdadero y de más auténtica perfección.

La conquista del niño es banderín de enganche para las más rabiosas campañas del sectarismo, enemigo de Dios y de su Iglesia. Porque sabe que teniendo a la niñez, conquistará el mundo entero en un porvenir próximo y seguro.

La escuela única, la escuela laica, la coeducación, la enseñanza integral....., son modalidades concretas de los medios con que pretende valerse, para sus fines de mediatización, el destructor ateísmo.

La Revolución francesa, engendró aquel pernicioso espíritu individualista que llegó en vana, inconcebible y absurda pretensión, a encumbrarse a sí mismo sobre todas las prerrogativas de la divinidad. Uno de los más deplorables frutos fué el abandono de la niñez, por la indefensión en que dejó las garantías jurídicas de la vida infantil. Se proclamaron ampulosamente los «*Derechos del hombre*», pero se olvidaron de todos los «*Derechos del niño*».

Solo la Iglesia continuó siempre su labor protectora de la niñez recogiendo en los orfanatos y hospitales los despojos del pecado y de la miseria, prodigando el pan espiritual de cultura en sus escuelas parroquiales, monásticas y catedralicias, e incorporando a la juventud apta y protegida a la sabiduría universal y especializada en las Universidades que fundó, sostuvo y enriqueció con privilegios y otras eficaces asistencias.

Pero el empeño titánico del espíritu laicista no cejó en su empeño de desviar la acción protectora de la Iglesia para con el niño, y el poder civil, al incautarse del patrimonio de la Iglesia, se vió en la obligación de subvenir a las necesidades apremiantes de la vida infantil, como exigencia perentoria del deber de asistencia social que incumbe, por imperativo del derecho político, a las sociedades organizadas en Estado.

Y se crearon en la mayor parte de los Estados modernos, las Juntas de Protección a la Infancia, que actualmente funcionan en todos los países civilizados, con más o menos atribuciones, pero que tienen como blanco de su competencia, salvaguardar los llamados derechos del niño.

Dentro del campo laicista, aun no se han puesto de acuerdo ni gobernantes, ni filósofos, ni pedagogos, ni deliberaciones internacionales, sobre cuáles sean en concreto esos derechos de la infancia. Se han celebrado Asambleas y Congresos, se han pronunciado discursos y conferencias, se han publicado en libros, revistas y periódicos, multitud

de artículos sobre la determinación específica de esos derechos, y no se ha concretado todavía, como se pretende, el que se quiere llamar «*Decálogo de los derechos del niño*».

LA MADRE

La madre es el tipo femenino más grande y sublime de todos por que es la base de la familia.

Es la figura más noble y hermosa de la creación; ella es la que anima, la que sostiene, la que consuela, la que sobre todo ama y perdona. Y ¡cuán sublime es la misión de la madre! Ella es la que lleva el peso de todos los cuidados de la casa; ella la que medita, la que se desvela para que cada uno de sus hijos halle su mayor bienestar.

Aún cuando se halle dotada del organismo más exquisito y más poético, toma para sí las mil pequeñeces materiales que fatigan su espíritu y que la hacen vegetar en las heladas regiones del positivismo; y como descanso de sus continuas fatigas se refugia en la religión para orar antes que por ella, por sus hijos.

No es al padre a quien se confían los sueños dolorosos, que a veces nos asombran, las ilusiones de un amor naciente, y las aspiraciones de la gloria, que al dar los primeros pasos en la senda de la juventud se agitan en nuestro cerebro; ¡es a la madre! porque la madre, aún más que aconsejar, adivina, consuela, y llora nuestras decepciones.

Alfonso de Lamartine debe a su madre si nó su talento, el rápido desarrollo del mismo, y el carácter noble y elevado que este mismo talento tomó: aquella madre bella, poética, entusiasta, tierna y melancólica, modeló a su imagen el alma de su hijo o más bien el alma del poeta era en las manos de su madre un instrumento sonoro del que sacaba celestiales melodías.

En todos los escritos de Lamartine reside el alma grande, bella, piadosa, tierna y apasionada de su madre. ¡Si todos los hombres tuviesen una madre como aquella, habría también más hombres gloriosos en el mundo y las malas pasiones no tendrían tanto imperio!

Santa Mónica, la dulce madre de San Agustín, mostró su amor hacia su hijo, llorando, desconsolada, los excesos de aquél, y ofreciéndose al cielo en holocausto de sus errores.

San Agustín lo dice en estas admirables palabras, dignas de su colosal talento:

«Mi madre ha sufrido mucho más para engendrarne a la verdad que para darme al mundo».

Estas palabras encierran una lección elocuente para todas las madres porque la maternidad moral es el complemento de la material y no pueden ser las mujeres dignas del sagrado nombre de madres sino educando a sus hijos en la virtud.

Santa Mónica comprendía así su misión: educó a su hijo con el más tierno cuidado, le dió los profesores más distinguidos de su tiempo para que cultivasen su talento, y ella se reservó del cuidado de formar su corazón.

Pero todo era inútil; el hijo rebelde, extraviado más bien por su imaginación ardiente que por su corazón, no escuchaba nada y saltaba de abismo en abismo; un día, el peligro en que se arrojó era tan grande que el corazón maternal estalló en sollozos profundos y desgarradores.

Dios escuchó aquel grito supremo y ablandó el corazón de su hijo que se volvió ante su madre.

Mónica lloró veinte años, pero obtuvo no sólo la conversión sino la santidad de su hijo, murió dichosa y tranquila y aquél hijo que fué Arzobispo, lumbrera de la Iglesia y doctor de sabiduría consumada en los días de su ancianidad, no podía hablar de su madre sin que una gota de llanto subiese de su corazón a sus ojos.

La historia de San Agustín es el triunfo del amor maternal y de la confianza en Dios.

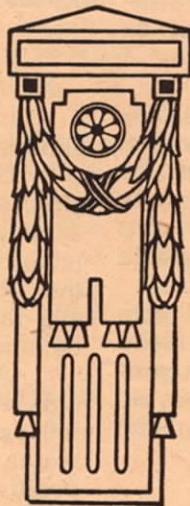
EL CONSEJO MATERNAL

Ven por acá, me dijo dulcemente
mí madre cierto día;
(aun parece que escucho en el ambiente
de su voz la dulce melodía)

—Ven y dime qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío.

Tu tienes una pena y me la ocultas:
¿no sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

¿Quieres que te advierte lo que sientes?
—ven para acá, pilluelo,
que con un par de besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo.



Yo prorrumpí a llorar.—Nada, le dije;
la causa de mis lágrimas ignoro;
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, y lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
se turbó su pupila,
y enjugando sus ojos y los míos,
me dijo mas tranquila:

—Llama siempre a tu madre cuando sufres,
que vendrá, muerta o viva;
si está en el mundo, a compartir tus penas;
y si no, a consolarte desde arriba.

Y lo hago así, cuando la suerte ruda,
como hoy, perturba de mi hogar la calma;
invoco el nombre de mi madre amada,
y entonces siento que se ensancha el alma.

OLEGARIO ANDRADE

LO QUE NO SE SABIA DE BLASCO IBAÑEZ

Recordarán nuestros lectores que recientemente se había organizado una gran manifestación para trasladar los restos mortales de Blasco Ibañez desde Mentón, donde yacen, a su ciudad de Valencia; pero con gran sorpresa de todos, hacía ya bastante tiempo que no se hablaba nada del asunto. La explicación es la siguiente: Enterada la viuda de Blasco Ibañez de lo que se proyectaba, se apresuró a notificar a la Comisión organizadora del homenaje, que su esposo, arrepentido a última hora de sus errores y extravíos, había muerto como católico recibiendo todos los santos Sacramentos, y había sido enterrado en sagrado, por lo que a la recepción y sepelio de sus restos en Valencia debería asistir el clero y verificarse en sagrado, pues de otra manera se negaba en absoluto a consentir en el homenaje. Preguntado el hijo de Blasco Ibañez, don Sigifredo, diputado a Cortes, testificó que lo que decía su madre era exacto, que su padre había muerto reconciliado con la Iglesia y había sido enterrado católicamente.

¡Todo tiene su explicación en este mundo! La conversión a última hora de este gran enemigo de la Iglesia, uno de los santones del republicanismo español, no dejará de influir en el ánimo de muchos engañados.

EL PARTIDO DE DIOS

Pío X, de santa memoria, en su primera Encíclica, habló de este partido político que entraña la política de la Iglesia Católica.

El partido de Dios, el que manda observar sus mandamientos, y los de su Iglesia, el que defiende los derechos de la justicia, el que apoya la virtud y condena al vicio, es el partido de orden, único que puede labrar la dicha de los pueblos y naciones.

El partido de Dios no tiene ninguna forma concreta, determinada y exclusiva de política, porque sabe que todas las formas de gobierno son buenas, con tal que estén apoyadas en el derecho e informadas por los principios católicos.

El Partido de Dios no es patrimonio de ninguna familia real ni de ninguna dinastía: es solamente de la verdad y de la justicia; y aquella familia real y dinastía que tenga por guía la verdad y por base el derecho, es la que la Iglesia aprueba y el Pontífice bendice.

Los hechos consumados no confieren derecho: afirmar lo contrario es un error condenado en la Proposición 59 del Syllabus. Y conviene recordar que Pío IX condenó la teoría de los hechos consumados, precisamente en el orden político.

NO PREVALECIERAN

La Revolución hace gala de despreciar a todos los cultos, pero no persiguen sino al católico. Ni una palabra de

ira que deshonre a los ministros protestantes, en esas mismas obras en que rebosa la ferocidad contra el sacerdote católico. Cuando se declama contra las influencias religiosas, no se alarmen los protestantes, mahometanos y budhistas. Los declamadores saben que no hay mas influencia religiosa que la católica. Por eso caen nuestros templos, y no los de nuestros enemigos; por eso son inmolados nuestros sacerdotes, y no los discípulos de Lutero; por eso es objeto de saña universal el Papa, y no lo es el jefe de la comunión rusa o anglicana. Esto nos honra a los católicos. Si alguno se sintiere desalentado, recuerde las palabras de Jesucristo: «No prevalecerán».

S. Y S.

LOGICA REPUBLICANA

Al pedir un diputado la inmediata prohibición de la enseñanza a los religiosos, contestó el Ministro de Instrucción: En Madrid hay 37,000 niños en las escuelas públicas; 44,000 en las privadas, casi todas de religiosos: 45,000 sin escuela.— En Barcelona: 25,000 en las escuelas públicas, y 120,000 en las privadas o sin escuela. Para suplir la enseñanza de los religiosos se necesitan 8,000 escuelas, que costarán más de 160 millones de pesetas.—Hay que pagar a los maestros laicos a peso de oro, y a los maestros religiosos... ¡dejándolos cesantes para ver si emigran o mueren de hambre!... Prefieren la bancarrota con Barrabás antes que el orden social con Jesucristo. Oremos por España.

DIA DE ADORACION EUCARISTICA

—Organizado por Mons. Ivanios, arzobispo convertido de Betania en la India, asistieron unos cinco mil jacobitas, convertidos también al Catolicismo. Fué precedido de un triduo de conferencias eucarísticas.

ANHELO

Yo quiero que un pueblo que alegre
con gracia y perspicacia,
que lo que derroche en gracia
su trabajo lo reintegre.

Yo quiero un pueblo que crea
en Dios y que a Dios adore
pero que trabaje e implore
sin cesar en su tarea.

JOSE ZORRILLA

Imp. EL HERALDO, Cartago